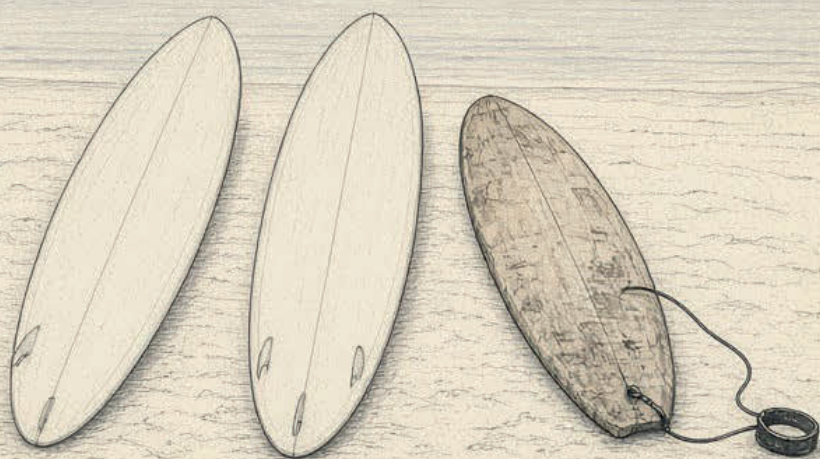


SURF



David E. Arelle

Primera edición, 2026
© David E. Arelle, 2026

Texto, edición e ilustraciones: David E. Arelle
Ilustraciones realizadas con apoyo de xAI

Lifecom Books
Ciudad de México

Todos los derechos reservados.

Registro INDAUTOR: 03-2026-090810070100-01

I

Tres amigos de vacaciones fueron a la playa a tomar clases de surf: Luli, Pedro y Juan.

Su profesor, Many, tenía rastas, la piel tostada por el sol y una sonrisa fácil. Parecía que el mar le pertenecía. O, al menos, que no tenía muchas preocupaciones.

El día estaba increíble, con sol radiante y olas perfectas para principiantes. Lo único inconveniente era que solo había dos tablas nuevas, grandes y largas, ideales para novatos, y una más vieja y difícil de usar: la tabla personal de Many, mucho más complicada para las primeras salidas.

Many comenzó explicando los fundamentos a los tres alumnos. Les enseñó los conceptos básicos: cómo subirse a la tabla boca abajo, cuándo remar con los brazos y cuándo y cómo pararse. Después, acompañó uno por uno a sus alumnos para supervisar y corregir su técnica.



II

Primero le tocó el turno a Luli. A ella le tocó una de las tablas grandes, y era de esas personas que hablan poco, pero que, cuando hablan, se equivocan poco.

Aunque no era la más coordinada o atlética, gracias a la buena tabla y a su atención a las indicaciones de Many, aprendió poco a poco.

Luli quería hacerlo todo bien. Se esforzaba tanto en no equivocarse que tampoco se dio la oportunidad de sentir y disfrutar el agua. No se dejaba llevar por la ola: parecía intentar surfear a pesar de ella.

Aprendió, pero estuvo tensa y se cansó.



III

Luego siguió Juan, un alumno talentoso, atento y disciplinado, quien además había ganado la otra tabla grande en un juego de piedra, papel o tijera.

Lo hizo todo bien y con rapidez. Resultaba impresionante la velocidad con la que aprendió a pararse correctamente y surfear una ola hasta la orilla. Many incluso se lo reconoció, tras haber entrenado a cientos de jóvenes a lo largo de su carrera.

A Juan le encantaba ganar. Aprendía lo necesario para lograrlo y, tal como ocurrió en esta ocasión, parecía que las condiciones de salida estaban a su favor.

Logró su objetivo, sin sentir gran emoción.



IV

El turno final fue para Pedro, a quien le tocó la tabla chica y debió esperar al final. Aunque apenas había logrado pararse un par de veces, tenía un entusiasmo enorme por su práctica con Many.

Desde niño le apasionaba el mar. Sus padres recordaban cómo pasaba horas dejándose llevar por las olas hasta la orilla, acostado boca arriba, cuando todavía tenía las mejillas grandes y chapeteadas. Aunque ya se encontraba en mejor forma física, conservaba algo de aquellos chapetes de la infancia.

Batalló un poco más que Juan y, aunque tenía cierta facilidad para el aprendizaje, aprendía un poco menos rápido que Luli. Además, se golpeó un par de veces al caer de la tabla, en parte porque la tabla pequeña requería más equilibrio.

Pero, cuando logró dominar una ola y llevarla casi hasta la orilla, lo disfrutó al máximo. Aquello le trajo a la memoria sus años de infancia, pero con la sensación de que esta vez el recorrido podría ampliarse y ampliarse cada vez más si seguía practicando...



V

Más tarde, Many observó de lejos a los tres. El gozo de Pedro resultaba contagioso, y su curiosidad por aprender hacía sentir a Many satisfecho por poderle compartir lo que sabía.

A pesar de su inestabilidad, la tabla chica le permitió a Pedro jugar con mayor agilidad moviéndola hacia los lados en cuanto logró dominarla un poco. Lo hacía por pura diversión, aun sabiendo que, al faltarle suficiente control, terminaba cayéndose al intentar la maniobra.

Poco a poco fue sintiendo lo que tenía que hacer. Gozaba ir con la ola. A veces parecía que ella le regalaba el esfuerzo que él ya no tenía que hacer.



VI

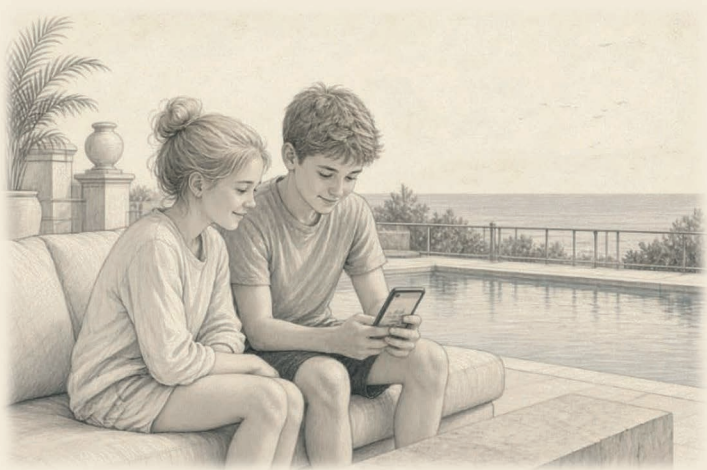
Los tres amigos tomaron clases durante dos días más.

Luli y Juan aprendieron muy bien, pero al dominar la técnica y sentir que habían alcanzado el nivel suficiente para decir a sí mismos y a otros que ya sabían surfear, se les acabó el interés.

Al finalizar ese día, por más que Pedro insistió en tomar una clase extra antes de que terminaran las vacaciones, ambos respondieron que preferían quedarse en la alberca del hotel al día siguiente. Le dijeron que Luli prefería el gimnasio y Juan el fútbol: eso ya lo dominaban.

Para ellos solo fue una experiencia de verano que querían vivir. Cansados y un poco aburridos, se tomaron fotos, más tarde las subieron a las redes y les gustó ver los likes.

Luego se fueron a la alberca.



VII

Pedro, en cambio, decidió tomar un día más de clases.

Cada ola era distinta. Eso no dejaba de sorprenderlo y le encantaba la sorpresa que cada ola traía consigo.

Durante aquella sesión, le preguntó a Many si existía una zona más avanzada para la cual estuviera preparado.

Many lo condujo a unos cinco minutos caminando, hacia un área con olas de mayor tamaño, pero también mucho más largas.

Ese día usó la tabla larga y, con aquellas olas, la experiencia pareció transformarse en una actividad completamente nueva, mucho más divertida y sorprendente. Y, eso fue a pesar de que Many le dijo que poco después estaría listo para olas mucho más retadoras...

Cuando se despidieron, Many se quedó con la intriga de saber si Pedro habría continuado surfeando, aunque su curiosidad y su manera de disfrutar cada detalle le hacían pensar que habría sido un candidato ideal para entrenarlo para ser un gran surfista.

A pesar de sus dificultades iniciales con la tabla corta y de haber aprendido con más lentitud que sus amigos, Many estaba convencido de que su actitud lo habría llevado lejos. O, al menos, habría disfrutado enormemente acompañarlo en el intento.



Epílogo

Esa noche, antes de dormir,
Many hundió los pies en la arena.
La sintió entre los dedos.
Oyó cómo quebraban las olas.

Pensó que la vida se parece al surf.

Quien solo quiere hacerlo perfecto se cansa.
No siente el agua.

Quien solo quiere ganar, si es que gana, se aburre.
Parece pensar: ¿qué sigue?

Quien se cae, se ríe, vuelve a subir y agradece la ola,
tarde o temprano encuentra olas más largas.
Lo llevan más lejos. Y a más gozo.

No porque todo le salga fácil.
A veces batalla más.

Sino porque no deja de apreciar
y de jugar con el mar.

